

Mercantilización de la Universidad

M^a Teresa Molares

Profesora Sociología Universidad de Alicante

Loa al estudio

*¡Estudia lo elemental!
Para aquellos cuya hora ha llegado
no es nunca demasiado tarde.
¡Aprende el "abc"! No basta, pero
estúdialo. ¡No te desanimes!
¡Empieza! ¡Tienes que aprenderlo todo!
Estás llamado a ser un dirigente.*

*¡Estudia, hombre en el asilo!
¡Estudia, hombre en la cárcel!
¡Estudia, mujer en la cocina!
¡Estudia, sexagenario!
Estás llamado a ser un dirigente.*

*¡Aun sin techo, asiste a la escuela!
¡Persigue el saber, muerto de frío!
¡Empuña el libro, hambriento! ¡Es un arma!
Estás llamado a ser un dirigente.*

*¡No temas preguntar, compañero!
¡No te dejes convencer!
¡Compruébalo tú mismo!
Lo que no aprendas por ti,
no lo sabrás.*

*Comprueba la cuenta:
tú tienes que pagarla.
Apunta con tu dedo a cada cosa
y pregunta: "Y esto, ¿de qué?"
Estás llamado a ser un dirigente.*

Bertold Brecht (1933)

Resulta sugerente detenerse a interpretar el sentido del poema de Brecht, escrito en tiempos de profunda crisis económica, política y social. Alemania vivía los prolegómenos de la guerra y preparaba a su "guía", el Führer, para que le devolviera la honra y el dinero que escapaba de allí con la ayuda de los banqueros y de los grandes industriales. En esas circunstancias, muy semejantes a las de esta crisis sin fronteras, el poeta crítico escribe versos que son una incitación a la esperanza. La incitación la ejerce esa invitación recurrente al estudio, a la

búsqueda, a la crítica. Una incitación sin límites de edad, ni condición social, sin espacio acotado, sin techo, con frío, con hambre...

Durante algunos siglos el conocimiento “superior” parecía accesible sólo en los espacios sagrados, a la sombra de las diversas religiones. Los palacios fueron también, en casos contados, lugares de mecenazgo para los artistas y los buscadores de la verdad. En todos ellos las verdades buscadas y encontradas estaban destinadas a resolver los problemas, a satisfacer las aficiones, o los caprichos, de los patrocinadores.

Más adelante, tiempos de ilustración, de industrialización, la organización del movimiento obrero, junto con los intelectuales que se asociaron a él, contribuyeron en gran medida a impulsar nuevos espacios de estudio y construcción de conocimiento destinado a liberar a la especie humana de la barbarie en sus diversas formas. Conviene recordarlo. A partir de entonces, dentro o fuera de la universidad, durante el tiempo escaso que el trabajo dejaba libre, florecieron las escuelas nocturnas, las universidades populares, la formación sindical. Con medios escasos, se superaron muchas dificultades que permitieron el progreso del conocimiento y la mejora de las condiciones de trabajo, de alojamiento, de la salud. No eran tiempos ideales ni llegaron tampoco las reformas profundas que permitieran una emancipación universal ni alcanzaran la aparición del hombre nuevo construido con los valores de la cooperación, la comunicación humana, la libertad, la justicia, la igualdad...

Las nuevas formas de organización social ensayadas en los variados intentos del socialismo del siglo XX inspiraron medidas semejantes en el mundo capitalista. Supusieron la apertura del conocimiento a todas las capas sociales. Mejoró la alfabetización, se divulgaron los hallazgos científicos, se difundió la creación artística... Las sucesivas reestructuraciones empujadas por la necesidad de crecimiento intrínseca al liberalismo económico, han ido desmantelando muchos de esos logros. A partir de los años setenta, con la perspectiva del desmoronamiento de la Unión Soviética, se han producido modificaciones profundas en las condiciones socioculturales del mundo occidental. O al menos esa puede ser una de las claves para entender la facilidad con que ha cristalizado el retroceso al que asistimos a comienzos del siglo XXI: la progresiva pérdida de derechos laborales y sociales, el ensimismamiento del conocimiento, el encerramiento de los hallazgos científicos, la clausura de la creación artística en los espacios accesibles únicamente al dinero... y la enorme confusión alcanzada por el habitual uso perverso del lenguaje.

El papel que la universidad pudo representar en el mundo occidental frente a estos procesos, frente a la generalización de la barbarie de las guerras y la escalada en el uso de armas letales, empezó a cambiar ya en la década de los años 60. Se gestaba el nuevo orden del mundo fraguado al calor de la II Guerra.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la institución universitaria ocupó un lugar privilegiado en el imaginario social. El fermento de la razón, el predominio de la inteligencia en sus diversas facetas analítica, heurística, propositiva, devolvió a grupos minoritarios de la universidad la voluntad de comunicación y cooperación que había caracterizado a algunas corrientes intelectuales de comienzos de siglo. Así se organizaron grupos de pensamiento, seminarios de ideas que alumbraron nuevas alianzas con la clase trabajadora. Estos procesos de ruptura del ensimismamiento universitario jalonaron la historia del movimiento estudiantil dinamizado a partir de los sesenta. Gracias a ello los acontecimientos de la historia de la humanidad entraron en la universidad, es decir, la política, en su mejor sentido antropológico, formó parte de la actividad universitaria. El alumnado, y una escasa representación del profesorado, fue el motor que puso en marcha la apertura universitaria al mundo, y continúa en ello. Surgieron movimientos estudiantiles de protesta en Estados Unidos de América del Norte a propósito de las movilizaciones que reclamaban derechos civiles, las que protestaban contra la guerra de Vietnam, *las revueltas por los derechos civiles en la Norteamérica de los años sesenta, en concreto durante el movimiento estudiantil de Berkeley, donde a los estudiantes que demandaban poder y libertad se les calificaba de turba peligrosa y hasta eran comparados con los nazis* (Alonso y Medialdea, 1998). Fueron además una manifestación de la crítica contra el imperialismo estadounidense, contra las formas autoritarias utilizadas en la docencia y en la organización de la universidad que permanecía exclusivamente en manos de los mayores como una forma de gerontocracia, contra el incremento de los costes y la tendencia a la implantación de universidades privadas de difícil acceso para la débil clase media¹.

¹Alonso Rocafort, V. : *El movimiento estudiantil reclama tiempo y libertad para leer y pensar, to stop and think. Reclaman también profesores dedicados a la enseñanza. Por último, se preguntan si están educándose en libertad o bajo el modo que determinadas élites quieren que sean educados; ante la sospecha de que efectivamente sucede esto último, buscan transgredir esos moldes. Uno de sus líderes, quizás el que sería más célebre, Mario Savio, denunciaba que la educación se había convertido en una fábrica al servicio de la industria y el gobierno. (...) La educación entonces consiguió desembarazarse, al menos por unos días, de la presión omnipresente del crecimiento perpetuo, quien pide siempre más poder así como avanzar hacia ideal de la abundancia. Los estudiantes del FSM no parecen buscar el interés propio, la salvación social, tras el conocimiento mágico universitario. En su lugar, demandan una enseñanza sobre la diversa realidad de este mundo y sobre ellos mismos; demandan significado. Se apela también a una educación democrática y genuina, la cual no duda en aprender ciertos ejemplos y sentidos de modelos premodernos perdidos, y que resulta muy distinta de la "mere research factory and training institution" en la que se está convirtiendo la universidad contemporánea.*

El nuevo orden liberal que progresa y avanza en las postrimerías del siglo XX se apresura en su camino hacia el neoliberalismo. El proceso de aprender pensando, ha sido sustituido por el simple almacenamiento de conocimientos propio de las máquinas. Por eso las reformas universitarias emprendidas a finales de los noventa insisten en mejorar la Competitividad (económica ante todo) y la Eficiencia, en facilitar el acceso al “mercado de trabajo”. El término “mercado de trabajo” ha quedado sacralizado, de modo que las personas no tienen conciencia de lo que significa convertirse en la mercancía que circula por dicho mercado y aún menos se percatan de las normas con las que funciona, ajenas por completo a las necesidades de los seres humanos y de la sociedad como estructura. Son términos “guía”, indicadores del sentido que impregna las reformas aplicadas a todos los niveles educativos. También a la universidad.

La carrera reformadora de la universidad, acelerada a partir de los años noventa, ha anulado algunas de las bondades que apuntaban en la universidad estructurada durante los inicios del Estado de Bienestar. Es lo que hoy llamamos mercantilización. Cuando el GATT derivó en la OMC y se generalizó el concepto de servicio, liberado del apellido *público*, la educación entró también en ese paquete de servicios que forma parte del mercado liberalizado hasta extremos inconcebibles. La educación se perfila como el negocio que cuenta con *“un presupuesto anual mundial de un billón de dólares, un sector con 50 millones de trabajadores y, sobre todo, una clientela potencial de mil millones de alumnos y estudiantes universitarios. Después del fracaso, a fines de 1999, de las negociaciones celebradas en Seattle en el marco de la Organización Mundial del Comercio (OMC), es difícil decir cuándo se iniciará el “ciclo del milenio”. Sin embargo, es seguro que en él se abordará el tema de la enseñanza, pues el mercado de la educación se desarrolla a un ritmo desenfrenado”* (Entrevista a Nico Hirtt 2002²).

El paso más importante que ha abierto las puertas a las ambiciones del mercado en España para asumir el proceso de transformar la educación de derecho en servicio, fue el que supuso el reconocimiento real de la enseñanza privada y su financiación desde los presupuestos públicos. En el caso de la educación no universitaria esa financiación se refiere a la totalidad de la actividad del ciclo educativo obligatorio, lo que no evita que su alumnado deba hacer además pagos de importancia significativa para completar las actividades que los centros privados quieran implantar. Un paso más es el que ha dado la Iglesia católica, que en 2009 plantea el reconocimiento de su aportación a los fondos del Estado, lo que significa que su red de centros escolares y asistenciales disminuye el número de usuarios en los centros públicos y por lo tanto

² <http://users.skynet.be/aped/babel/espanol/>

produce un efecto de minoración del gasto estatal. Son las mejores escuelas de la peor desvergüenza.

Todo eso sucede mientras en el proceso de reforma para la creación de un espacio europeo de educación superior (EEES) se promueve la adaptación permanente de modo que “el individuo, convertido en empresario de sí mismo, debe ser capaz, utilizando sus *recursos y capacidad de leer las necesidades que se demandan en el mercado, de construir una biografía personal que, además de laboral, debe contar con un conjunto de competencias que resulten atractivas a sus posibles empleadores: el individuo pasa así a autogestionar sus competencias con el fin de crear un curriculum vitae exclusivamente adaptado a las necesidades de las empresas y alejado de otros elementos que habían caracterizado la cultura universitaria tradicional*”³

Las carreras universitarias (hoy llamadas titulaciones), las menos “eficientes y competitivas” quedaron acortadas. La nueva configuración que empezó a implantarse aún antes de que se publicaran los estudios e informes que ahora se utilizan, supuso la asunción del sistema de créditos, la multiplicación infinita de asignaturas optativas y de libre elección. Todo ello tuvo efectos desestructurantes en la población estudiantil universitaria. Ni el espacio, ni los tiempos de trabajo y de actividades culturales o deportivas, son ya los que eran. La dispersión territorial, la libre organización del currículum, han facilitado, no ya el individualismo, sino el aislamiento. Son las circunstancias que alientan lo peor de la competitividad. Las reformas para la implantación del EEES (espacio europeo de educación superior) profundizan en esas condiciones. Cualquier titulación puede estar repartida en universidades diferentes que obligan a desplazamientos de toda clase. Los grados, los másteres, los cursos impiden pensar en un espacio europeo coherente en el que, al menos, las titulaciones se puedan equiparar en cuanto a duración, calidad, “eficiencia y competitividad”. La clasificación de las universidades según su “calidad” favorece su precarización.

La mercantilización ya ha empezado en la universidad. Por lo que se refiere a España el recorrido es aún breve pero está ya en marcha y ha conseguido el respaldo de la administración ministerial, de las comunidades autónomas y de las comunidades académicas. No ha habido debate sobre estas cuestiones ni evaluaciones, valoraciones o análisis sobre los efectos de estas medidas. Así que el nuevo EEES tiene el campo libre. Hay otra circunstancia de gran relevancia para entender el avance imparable de este proceso de equiparación de la universidad

³ En el prólogo de “El debate sobre las competencias” publicado por la ANECA

al mercado, más que a las titulaciones europeas. Es el control empresarial de las prácticas en empresas, y la entrega de las bases de datos universitarias a las entidades bancarias que han recibido el encargo de fabricar, repartir y controlar las tarjetas de identificación universitaria. Y la aparición de nuevas ocasiones de negocio en los campus: empresas de seguridad que controlan la vida universitaria, la instalación de construcciones eventuales, los carísimos barracones que se instalan en las universidades...

La población estudiantil universitaria no ha realizado grandes protestas en los últimos años. Su inquietud ha estado dirigida a cuestiones muy pragmáticas. Los reglamentos de exámenes han acaparado casi toda su atención de modo que, alcanzadas las garantías procesales, verificados todos los requisitos que deben cumplirse en el rito trabajos-examen-prueba-calificación-titulación, la paz intrauniversitaria no se ha alterado. Ni siquiera la subida de tasas universitarias, que se reproduce en cada curso escolar, ha cosechado ninguna protesta. De no ser por las movilizaciones contra la evidencia de los desastres que están ya llegando con la aplicación de las reformas llamadas “plan Bolonia” podría creerse que por fin sólo quedan los corderos. Ellos, los llamados anti-Bolonia, continúan la hermosa tarea crítica que iniciaron ya otros grupos en la década de los sesenta. Afrontan la criminalización y arriesgan, como ha sucedido en Barcelona, la culminación de sus estudios.

La organización de la universidad mediante el sistema de Departamentos, ajeno a cualquier asomo de funcionamiento democrático real, no ha producido colaboración en la tarea docente ni en los procesos de investigación. Porque la carrera docente exige también la competitividad e impone la eficiencia individualizada, secreta u ocultada. La precariedad en que se desarrolla la docencia y la investigación para un elevado porcentaje del profesorado, lo ha convertido en un ejército de servidores, dependientes y sumisos, de quienes ejercen el poder a través de los cargos que abundan en la compleja estructura administrativa de equipos rectorales, decanales, departamentales, de institutos y fundaciones.

Los docentes universitarios reproducen sus propios discursos año tras año, se atrincheran en la palabra hablada, se resisten a la confrontación dialéctica espontánea o provocada. Algunos emplean en ello toda su vida activa, otros lo harán ocasionalmente, los más poderosos intentarán escapar a la docencia como el que debe sumergirse en el agua sin saber nadar. Al fin, la docencia tiene muy escasa valoración en el currículum y en la nómina. Tampoco han debido adquirir formación alguna para desempeñarla. Sólo será “inspeccionada” la asistencia, el uso de los nuevos instrumentos tecnológicos de comunicación, la cumplimentación anual de las fichas y

las actas, la atención a los alumnos en las tutorías usadas muy ocasionalmente... No podrán debatir en departamento ni Facultad alguna sobre los problemas de la docencia y sus soluciones. Tendrán que ampliar su docencia extra departamental: máster, cursos de extensión universitaria, universidad para mayores, cursos de libre configuración, universidades de verano, son actividades docentes que ayudan a incrementar sus ingresos. Son al mismo tiempo los espacios donde se crean y refuerzan las redes interuniversitarias con las que se mejoran las oportunidades.

Los investigadores universitarios alimentan la recuperación de las palabras vacías contra las que combatió Guillermo de Ockham. La constitución de los grupos de investigación es fuertemente endogámica, los requisitos son nominalistas, títulos, rangos, publicaciones, pertenencia a la academia... la voluntad investigadora, el trabajo extrauniversitario ha quedado expulsado de estas actividades en gran medida nominales más que reales, que determinan el valor del curriculum, la excelencia para progresar en el escalafón, la disponibilidad de recursos económicos e instrumentales. El resultado no es el desierto, sino valiosos trabajos que, en ocasiones, quedan almacenados en el armario blindado de la administración. Internet resulta un instrumento eficaz para esta necesidad de hacer público y conocido lo que se investiga, las hipótesis que se confirman, los espacios que se abren a la exploración de investigadores y de quienes quieran y puedan aprovechar los resultados de tantos trabajos.

La financiación de las universidades, tanto públicas como privadas, desde los presupuestos de las administraciones públicas, disminuye de forma clara o encubierta por la vía de la congelación, y por la acumulación de deudas con que los gobiernos agreden a las universidades públicas. Es el caso de la Comunidad Valenciana, como ejemplo. No es el único. Sin recursos suficientes, la propia Universidad ha puesto en marcha iniciativas captadoras de recursos de dudosa eficacia. Arrastrada por esa necesidad, ha sucumbido también a la fiebre privatizadora: los servicios, e incluso una parte de la docencia son encomendados a empresas privadas. Se buscan ventajas dudosas: abaratamiento de costos, eficacia y calidad... Se consiguen perjuicios evidentes: reducción de salarios, inestabilidad laboral, los ingredientes, en definitiva, para la rebaja de la calidad de los servicios y de la propia docencia e investigación.

El malestar se ha convertido en una característica endémica de la actividad universitaria. La meritocracia alimenta todo género de alianzas y zancadillas que promueven formas de coexistencia ingratas, cuando no amargas y en gran medida dañinas. El daño no afecta sólo a las personas sino que, como es lógico, repercute en su tarea docente e investigadora. Estas

actividades deberían estar fundadas en una rica corriente de comunicación que propiciara el intercambio de conocimientos, descubrimientos, experiencias. Pero la corriente no existe. Todo lo más circulan estrechos riachuelos que deben intentar pasar desapercibidos para que no los emponzoñen ni los sequen.

Acabará estas reflexiones con las sabias palabras de otro escritor, economista, anciano lúcido, José Luis Sampedro quien, en una entrevista radiofónica reclamaba, hace unas semanas, “formación para opinar por su cuenta, pensar, razonar... educación para ser ciudadanos, internacionales, para la asociación colectiva...” y afirmaba que “esto de Bolonia es un error total, entrega el mando a los financieros para la técnica y para fabricar, no para pensar, no para la sabiduría...”

31 de Marzo 2010